

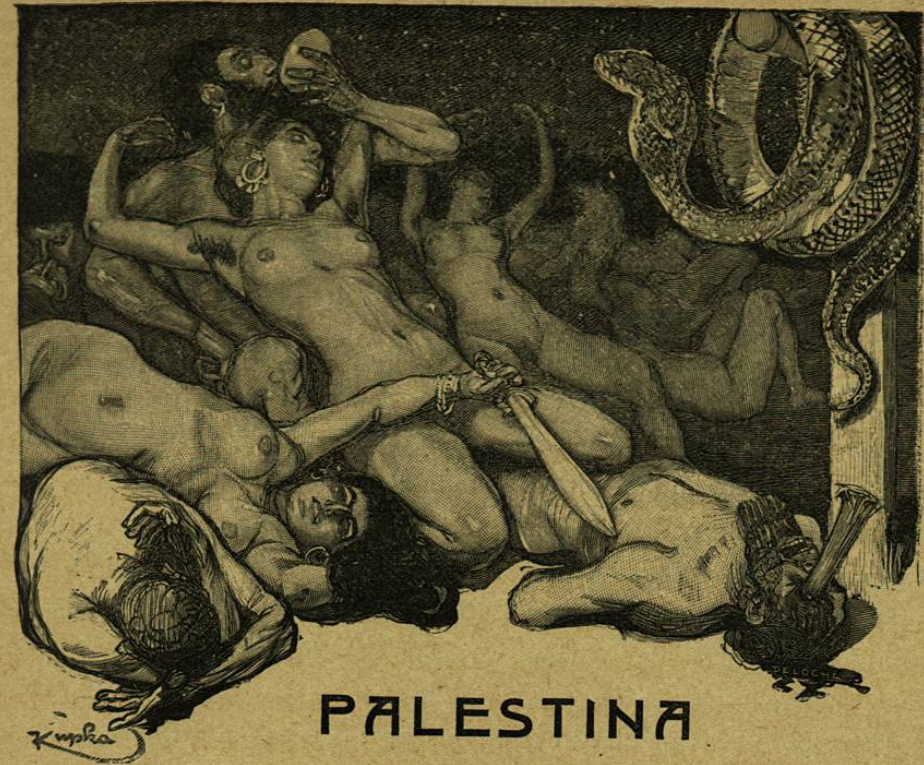
PALESTINA: NOTICIA HISTÓRICA

Los primeros episodios históricos del pueblo de los Hebreos no pueden fijarse cronológicamente en siglos más ó menos. Se coloca generalmente la salida de Egipto al final de la dinastía XIX, después de la batalla de Kadech, unos 32 siglos antes de nuestros días. Sin embargo, ciertos autores tradicionalistas hacen remontar el paso del mar Rojo á una fecha anterior de 300 á 350 años.

Á partir del reinado de David, quien se estableció en Jerusalén hará unos 2900 ó 2950 años, las fechas se precisan más. La muerte de Salomón y el reparto de su sucesión entre los dos reinos de Judá y de Israel, remonta, con el error posible de un cuarto de siglo, á 950 años antes de la era vulgar; Omri eligió Samaria como capital de su reino una cincuentena de años después.

Hasta que los pueblos del Jordán se pusieron en contacto con las hordas asirias no se puede ser más preciso. De las luchas entre Judá é Israel, entre los Hebreos, los reyes de Damasco y los de Moab, y de las invasiones egipcias y asirias no retenemos más que las fechas siguientes:

	Era de Nabonasar	Olimpiadas	Era vulgar
Toma de Samaria por Sargón	26	55	- 721
Muerte de Josías, quien dirigió la reforma religiosa	139	168	- 608
Segunda toma de Jerusalén por Nabucodonosor, once años después de la primera sumisión de esta ciudad	160	189	- 587
Ciro permite á los 10 000 ó 20 000 desterrados volver á Jerusalén. Reconstrucción del templo hacia	217	246	- 530



PALESTINA

A pesar de las guerras que estallaron entre las dos mitades del pueblo escogido, no se dividió el alma religiosa del mundo israelita.

CAPÍTULO V

PALESTINA. — EMIGRACIÓN DE LOS SEMITAS.
 SINÁI. — TIERRA PROMETIDA. — CUADRO DE LAS NACIONES.
 CIUDADES Y CAMINOS. — MONOTEISMO.
 INFLUENCIAS DIVERSAS. — ARABIA. — INDEPENDENCIA DE LOS BEDUINOS.
 MISIÓN DE LA HIMIARIA. — RELIGIÓN SIBEISTA.

UN territorio poco extenso, que ocupa la parte posterior de la costa situada entre la bahía de Akka y el golfo de Pelusa, tiene en la historia una importancia de primer orden como lugar originario de dos grandes religiones, el judaísmo y el cristianismo. Gracias á la influencia de esos cultos que, bajo formas constantemente modificadas, dominan en Europa y en todas las partes de la Tierra sometidas al ascendente europeo, la perspectiva

histórica, relativamente á la Judea, acrecentó de una manera desmesurada las proporciones reales de la pequeña Palestina, comparada con los grandes Estados.

La insignificante ciudad de Jerusalén tomó dimensiones exageradas en el espíritu de los fieles, judíos y cristianos, y las doce tribus, débiles agrupaciones que ocupaban un girón de territorio entre el mar y el Jordán, con algo del otro lado del río, tienen cada cual en la historia una página tan extensa como la de algunas naciones poderosas. Como consecuencia, cuando los egiptólogos comenzaron el estudio de los monumentos de toda clase que se ven en la región nilótica, los lectores de la Biblia se imaginaron que las inscripciones y los manuscritos suministrarían numerosísimos testimonios relativos á la estancia de los Israelitas en Egipto, á su huida, á su emigración hacia el país de Canaán y á las relaciones de vecindad que tuvieron lugar posteriormente entre los ribereños del Nilo y los del Jordán; pero esas piadosas esperanzas de los judaizantes fueron vanas durante mucho tiempo y se esperaba sin éxito la corroboración jeroglífica de las narraciones hebreas; las afirmaciones de los «libros santos» carecían de los atestados profanos, y la mayor parte de las coincidencias señaladas son dudosas, ó hasta han sido reconocidas como falsas. Únicamente en 1896 Flinders Petrie descubrió en Tebas el templo de Marenpta, en el cual existe una mole de sienita que ostenta inscripciones de seis mil signos que refieren los triunfos del rey sobre todas las naciones fronterizas, y especialmente sobre el «pueblo de Ysaraal, decadente y privado de su semilla»¹. Se encuentran también algunas denominaciones geográficas relativas á la comarca de ultra-Eritrea. Ramsés II inscribió el nombre del Jordán sobre los muros del Karnak, y Ramsés III le grabó en el templo de Medinet Abu²; Moab, una de las naciones rivales de Israel, está una vez mencionada en un monumento de Luksor.

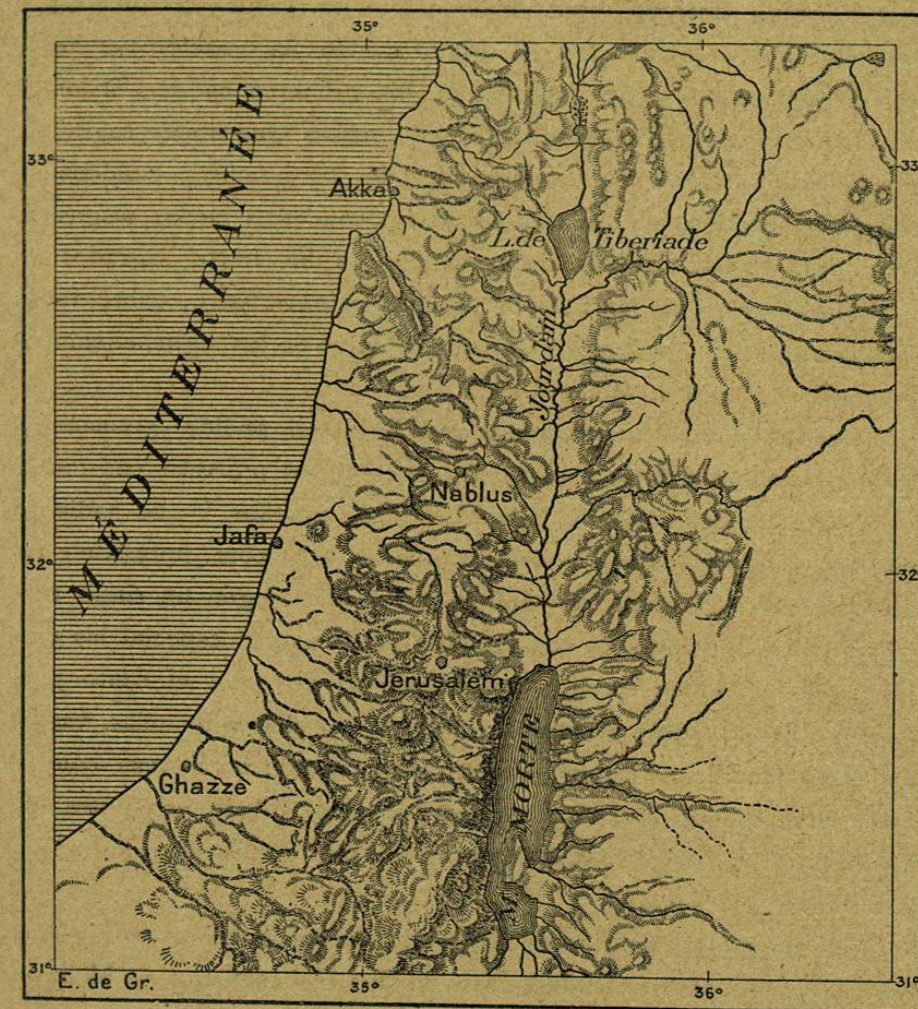
Si Egipto, gran nación, parece ignorar la existencia del pequeño pueblo de Israel que había venido á pedirle asilo, los Judíos, por el contrario, no pueden menos que reconocer en su historia la influencia preponderante de los dos imperios poderosos entre los cuales tenían

¹ Flinders Petrie, *Contemporary Review*, Mayo 1896.

² Sayce, *Patriarchal Palestine*, ps. 21, 22.

su estrecho territorio y que en diversas épocas se vieron obligados á visitar como suplicantes ó como prisioneros de guerra. Por sus primeros orígenes, sea que se interroguen los caracteres étnicos, sea

N.º 113. Palestina.



que se estudien las formas lingüísticas, los Semitas hebreos están estrechamente emparentados con los ribereños del Eufrates. Hasta los nombres propios eran idénticos: el arqueólogo Pinches ha des-

cubierto unas tabletas babilónicas en que se encuentran, bajo formas ligeramente diferentes, las denominaciones Abraham, Jacob, Josef y otros ¹.

La influencia de la civilización potamia se manifiesta de una manera todavía más profunda en la vida misma y como en la esencia del pueblo judío. Está ya fuera de duda que las primeras tradiciones y leyendas de los Hebreos son de origen caldeo: la creación del hombre, el paraíso terrenal y la caída de los primeros padres, la jerarquía de los ángeles bajo el mando de los toros ó Querubines sagrados, la rebeldía de Satán y la corrupción de los hombres condenados todos á perecer en las aguas del diluvio, son otros tantos rasgos de la religión de los Caldeos, reproducidos en los libros sagrados de los Judíos con equivocaciones y contradicciones, pero, sobre todo, con las variantes que impuso durante el curso de los siglos el cambio del medio y de la mentalidad.

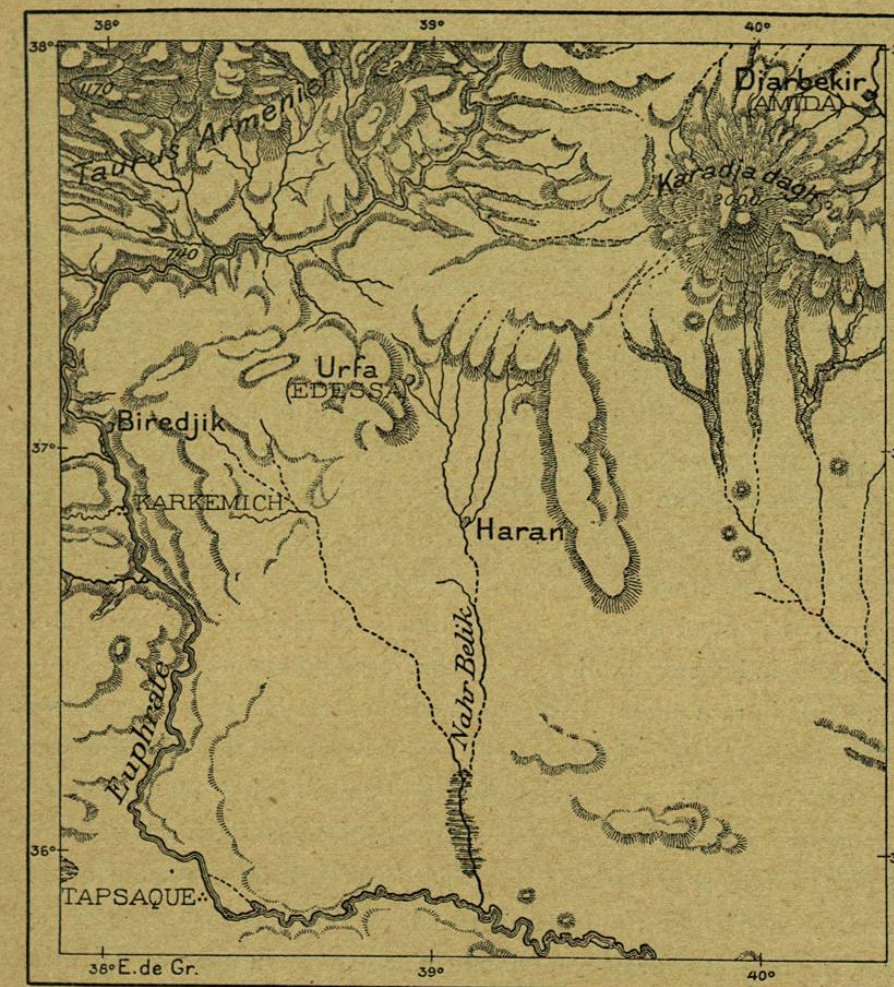
Aparte de esas narraciones que hubiesen podido permanecer extrañas á la masa de la nación, se presentan las prácticas constantes y obligatorias del culto de todos los días, aquellas á que nadie se sustrae y que acaban por modelar y amasar el hombre, juntándole las manos de cierta manera, doblándole las rodillas según un ritmo tradicional, distribuyendo de conformidad con un plan especial las circunvoluciones de su cerebro, modulando su voz para el canto y la plegaria, habituándole á manipular los objetos del culto, telas, vasos, vinajeras, cuchillos, hisopos, en concordancia con las formas convenidas, cuyo menor descuido sería un crimen. Todo eso entre los Hebreos fué de origen babilónico, lo mismo que la estructura del altar y del arca santa.

Aunque recibieron de los Babilonios su civilización religiosa y civil, hasta el nombre del dios Yahveh, los Hebreos, que se hicieron tan fervientes observadores del sábado, á ejemplo de sus educadores de Caldea, no tomaron de ellos, no obstante, la división del día en veinticuatro horas. Hasta la época greco-romana lo dividieron á la manera de los Árabes, es decir, en momentos característicos: alba, mañana, medio día, tarde, crepúsculo y noche; la palabra «hora»

¹ A. H. Sayce, *Patriarchal Palestine*, VI.

no existe en el hebreo antiguo. Á este respecto, los Judíos permanecieron simples Beduinos ¹.

N.º 114. Territorio de Harán.
(Véase pág. 66)



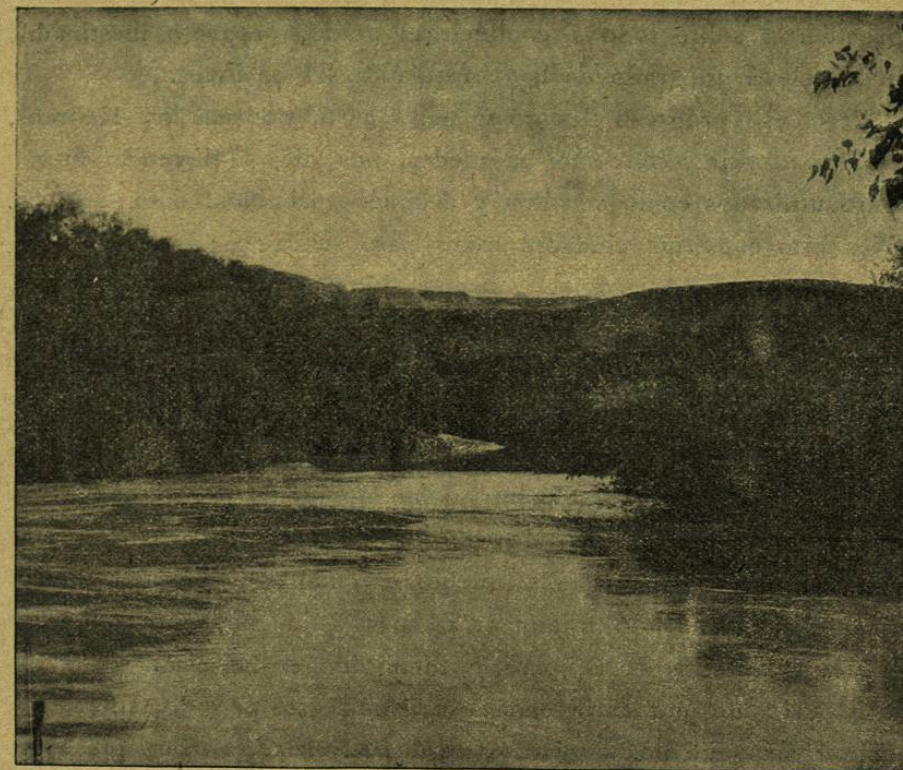
La filiación de razas ó á lo menos de parentesco, se muestra igualmente en la tradición transmitida por el *Génesis*. Así es como el personaje legendario Abraham, el «Padre de todos los pueblos», que

¹ Boeckh, etc. — Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*, p. 39.

los Israelitas consideran como el antecesor general de su raza y de las tribus árabes sus vecinas, se confunde con el «Padre Orkham» de Ovidio¹, rey de la ciudad de Ur en Caldea. Se hizo famoso en todo el mundo babilónico porque las narraciones tradicionales le identificaban con un gran reformador que suprimió los sacrificios humanos. Decíase de él que había prohibido á los padres matar á sus hijos, descuartizarlos ante los dioses, y que les había ordenado reemplazar la carne humana por la de cabrito. Esta parte de la leyenda está reproducida en la Biblia por la relación bien conocida del «Sacrificio de Abraham», en que se ve al ángel del Señor detener el brazo levantado del padre y una cabra ocupar sobre el altar el lugar del efebó Isaac. Pero ahí cesan las analogías: el Abraham hebreo no es un rey sedentario, un semidiós de vestidura talar sentado majestuosamente sobre un trono, sino un jefe de nómadas que recorre las llanuras al oriente del alto Eufrates, y dispone de un verdadero ejército de servidores y que entregaba al pasto de sus bueyes, sus ovejas y sus cabras todo un extenso territorio. Poseía también asnos para la montura, camellos como para la carga, mas no parece haber utilizado el caballo, que era todavía en aquella época un animal de lujo reservado á los reyes para el ardor de las batallas y la majestad de su triunfo.

Según la leyenda bíblica, Abraham, escogido como el gran representante de la raza entera, habitaba la comarca de Harán. Los Hebreos habían vivido mucho tiempo, pues, sobre esos montes situados ante el Taurus armenio, entremezclados de llanuras bien regadas donde serpentean varios afluentes del Eufrates. Pero, desbordándose de ese país donde eran demasiado numerosos para la extensión de sus pastos, y sufriendo probablemente el empuje de los pueblos del Norte, pasaron el Eufrates, de donde viene acaso su nombre de Ibrim, las gentes del otro lado, los Trans-Eufráticos, después se esparcieron hacia el Sud en la dirección de Palmira y de Damasco, expulsando á los primeros ocupantes allí donde fueron más fuertes, ó siendo rechazados donde tenían que luchar con otros más poderosos que ellos, ó bien tratando de acomodarse del mejor modo con sus vecinos. Frecuentemente, durante los años de sequía, hubieron de

¹ Metamorfosis, IV, p. 212.



Cl. Bonfils.

EL JORDÁN Y SUS ORILLAS

De una fotografía.

abandonar las regiones de entre Eufrates y Jordán, y presentarse á pueblos sólidamente establecidos, pidiéndoles un girón de tierra donde se instalaban hasta que pasaba el período de la escasez. Así nos dice la Biblia que se dirigieron á los Héteos, quienes, venidos también del Norte, habían colonizado las inmediaciones de Hebrón, en Canaán, donde recibieron un asilo temporal en el distrito de Bercheba. Después se volvieron hacia el poderoso rey de Egipto, que les acogió también con benevolencia y les asignó las tierras de Gochen en la proximidad del istmo, pero al Occidente, y ya en la zona de irrigación nilótica. Acantonados en esas regiones fértiles, sobre los confines de «prados salados» y de los aluviones grasos del Nilo, los Israelitas inmigrados se encontraron en un nuevo círculo de atracción y debieron evidentemente cambiar de costumbres, de civilización y añadir un nuevo fondo religioso al que habían recibido de los